

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

55 "Vuelve Perón, flaco"



Sabino Navarro. Nada de eso. Es más bien tirando a gordito. Tiene la cara del “Manolito” de Quino. (Y, en efecto, le dicen “Manolito”.) No tiene talento, no tiene una inteligencia remarcable, sino apenas una memoria privilegiada, que es, de algún modo, la antítesis de la inteligencia, cuya cualidad fundante es *pensar*. Pero es frío y ambicioso. Es –lo sabemos– Mario Firmenich. Y ahora es el jefe de Montoneros y lo seguirá siendo.

CUESTIONES DE ESTRATEGIA

En William Morris y en la soledad serrana se le abrió la posibilidad de la jefatura. Es innegable que la conducción de Fernando Abal Medina habría sido fría y hasta despiadada. El era capaz de ser despiadado consigo mismo. Pero tenía una inteligencia superlativa y habría llevado las cosas con mayor habilidad. Un tipo inteligente sabe cuándo no envanecerse, cuándo no ir al choque inútilmente, cuándo avanzar, cuándo retroceder. En la revista *Militancia* del 6 de septiembre de 1973 (un momento en que el Viejo estaba amable con la JP porque los necesitaba para la campaña electoral, y hasta había hecho el patético desfile de “unidad del Movimiento” del 31 de agosto, en que pasaron ante él los que se habían enfrentado en Ezeiza y los que se masacraron a partir de su muerte) hay una nota que se titula “*El mandato político de Fernando Abal Medina*”. Presumo que la hicieron Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde. Tiene algo muy valioso. Un resumen del proyecto político de Fernando Abal. “Sus pautas esenciales (dicen Ortega Peña y Duhalde) podemos sintetizarlas en: 1) asunción de la guerra popular; 2) adopción de la lucha armada como la metodología que hace viable esa guerra popular, mediante formas organizativas superiores; 3) absoluta intransigencia con el Sistema; 4) incansable voluntad de transformar la realidad; 5) identificación de la burocracia, como formando parte del campo revolucionario; 6) entronque efectivo en las luchas del pueblo; 7) confianza ilimitada en la potencialidad revolucionaria de la clase trabajadora peronista; 8) caracterización del General Perón como conductor estratégico; 9) correcta evaluación sobre los amplios márgenes posibilitantes de actuación dentro del Movimiento Peronista; 10) decisión de luchar hasta el costo de la propia vida...” (*Militancia*, N° 13, 6/9/1973, p. 11). Ortega Peña y Duhalde señalan que Fernando aún no tenía claro si una organización guerrillera debía definirse como brazo armado, foco irradiador de conciencia u organización revolucionaria de masas. Aquí es donde radica la diferencia que (creo, ojo: *creo*) habría establecido Fernando de haber vivido. Firmenich –a partir del asesinato de Rucci y del pasaje de la organización a la clandestinidad– rechaza la opción de la “organización revolucionaria de masas”. Elige la del brazo armado y la del foco irradiador de conciencia. Ya veremos a dónde lo conduce esto. Cosa que muchos conocen. Fernando habría advertido –pese a su jacobinismo pero a causa de su inteligencia– que una “organización revolucionaria” o es “de masas” o no es “revolucionaria”. Y si la situación evidente que se detecta es la de un reflujó de masas, ese reflujó debe ser acompañado por la organización, y bajo *ningún punto de vista* debe ésta continuar las acciones por su cuenta bajo el riesgo de convertir su violencia en una violencia de aparato que sólo servirá al régimen tiránico. Por si la palabra “reflujó” necesitara algún acompañamiento que colabore a su necesaria, traslúcida comprensión, entrego algunos sinónimos: descenso - merma - reducción - disminución. Estas son anotaciones momentáneas de temas calientes que trataremos extensivamente cuando llegue su momento, aunque tal vez los venimos afrontando desde el inicio de este trabajo. Pero no somos sólo nosotros los que pensamos así. Hay tipos muy valiosos, de gran conocimiento estratégico-político que han dicho lo mismo: Rodolfo Walsh, por ejemplo. Sigamos a Ernesto Salas, que escribe en *Lucha Armada* un excepcional trabajo titulado: “*El debate entre Walsh y la conducción montonera*”. Salas se refiere a dos informes que Walsh escribió con fecha 2 de enero de 1977, cuando, en efecto, estaba trabajando su *Carta de un escritor a la Junta Militar*. Cita un texto al que define como

“una verdadera clase de estrategia” (revista *Lucha Armada*, año 2, N° 5, p. 11). Y lo es: una verdadera clase de estrategia que la conducción montonera no entendió, o no quiso entender o, con perdón, se la pasó por las pelotas, así de bruta era. Escribió Walsh: “Cabe suponer que las masas están condenadas al uso del sentido común. Forzadas a replegarse ante la irrupción militar, se están replegando hacia el peronismo que nosotros dimos por agotado (...). En suma, las masas no se replegan hacia el vacío, sino al terreno malo pero conocido, hacia relaciones que dominan, hacia prácticas comunes, en definitiva hacia su propia historia, su propia cultura y su propia psicología, o sea los componentes de su identidad social y política. Suponer, como a veces hacemos, que las masas pueden replegarse hacia el montonismo, es negar la esencia del repliegue, que consiste en desplazarse de posiciones más expuestas hacia posiciones menos expuestas” (citado por Salas, *Ibid.*, p. 11). Formidable clase de estrategia. Lástima que Walsh haya esperado al 2 de enero de 1977 para acercársela a esa conducción extraviada, perdida por su soledad, su egolatría y su mesianismo. Lástima que recién el 13 de diciembre de 1976 le haya dicho que la “situación de las masas” es “de *retirada* para la clase obrera, *derrota* para las clases medias y *desbande* en sectores intelectuales y profesionales” (*Lucha armada, propuestas de Rodolfo Walsh al Documento de la Conducción, Ibid.*, p. 136. Cursivas nuestras). Cierto: más vale tarde que nunca. Pero, para muchos combatientes enviados por esa Conducción a una lucha desigual, sin ningún anclaje de masas, a la que ellos no se negaron a ir, pero que –al haberse atrevido– merecían una información más real de quienes debían darla, es decir, de sus conducciones estratégicas, *tarde* fue trágicamente *nunca*. “Muchas veces (escribe Horacio Verbitsky en texto que de buen grado firmaría) me he preguntado cómo fue posible que personas de notable aptitud e incluso brillo intelectual se sometieran a los dictados de un liderazgo paupérrimo” (Horacio Verbitsky, Prólogo a Cristina Zuker, *El Tren de la Victoria*, Sudamericana, Buenos Aires, 2003, p. 9). ¿Cómo es posible que Walsh discutiera con personajes como Firmenich, Vaca Narvaja y Perdiá? ¿Saben por qué el libro de Cristina Zuker se llama *El Tren de la Victoria*? Porque “reproduce una expresión con la que Roberto Perdiá reclutaba militantes para ingresar en forma clandestina al país subyugado por la dictadura militar. No debían perder ‘El Tren de la Victoria’, les decía en las narices de los servicios de informaciones sembrados en las colonias del exilio. Después, un asistente recogía en una bolsa los papilitos con los datos de quienes accedían a esa conscripción” (Verbitsky, *Ibid.*, p. 8). “El Tren de la Victoria” llega a la Argentina en 1979. No quedó uno de sus militantes. Se repetiría la operación en 1980.

“VUELVE PERÓN, FLACO”

Con fecha 9 de febrero de 1971, los Montoneros envían su primera carta a Perón. Dicen: “Al pueblo le queda claro que el sistema es siempre el mismo cualquiera sea la fachada que presente (...). Por todo esto es que a diario cosechamos, en el apoyo popular creciente, los frutos de este ajusticiamiento histórico” (Baschetti, *Ob. cit.*, 1970-1973, Tomo I, p. 124). No se equivocaban en esto. Formaban parte de un enorme movimiento popular que pedía una sola, simple cosa: que Perón regresara al país. De aquí que todo lo que se hiciera (en medio de una dictadura, de un país cuya ilegitimidad llevaba ya casi 16 años) le caía bien al pueblo peronista, que aceptó con beneplácito la muerte de Aramburu. Perón *tenía* que volver. Los militantes de las *Formaciones especiales* empiezan a ser llamados “los muchachos” no sólo por las clases bajas peronistas, sino por la clase media, por los intelectuales, por los artistas. Su aceptación –algo que ya en ese momento les costaba entender– dependía de su inclusión en ese anhelo ampliamente popular. Es difícil transmitir a las nuevas generaciones lo que significaba “el regreso de Perón”. No, es imposible. Sólo bastará preguntarse cómo fue posible que marcharan a Ezeiza dos millones y medio de personas. Acaso tres. ¿Qué eran? ¿Eran todos Montoneros? No. ¿Fue una gigantesca equivocación? No. ¿Quién podía

saber cómo iban a salir las cosas? *Fue una marcha de fe, un enorme gesto de esperanza, el deseo de una patria generosa, para todos, que todos anhelaban, querían, una apuesta al futuro, el deseo humano nunca satisfecho de la felicidad, de la plenitud*. Desear estas cosas tan intensamente conlleva el enorme riesgo de una frustración proporcional al deseo. “Perón” había terminado por significar tanto que inevitablemente su *historización*, su abandono de la *patria del mito* y su aterrizaje en la *realidad* debía ser traumático.

No lo fue el primer regreso. Pero ya ahí todos sintieron el poder que tenía el aterrizaje del mítico avión negro. Cuento una breve historia: Eran las 7.30 del 17 de noviembre de 1972. Acababa de llegar de Córdoba en *El Rayo de Sol*. No había podido tomar el avión de la noche anterior. No me importó. Siempre me gustó viajar en tren. Fue un viaje difícil. El país vivía en un absolutamente inédito estado de exaltación. El tren demoró 13 o 14 horas en llegar a Buenos Aires. Siempre era un viaje de 10 horas. Fundido, entro en mi casa. Dejo la valija, caigo en un sillón y... suena el teléfono. Es mi amigo Miguel Hurst. Ya voy a hablar (y quizá bastante) de él. Era el dueño de la mítica librería Cimarrón, de la calle Independencia. Ahí se editaban las clases de *las Cátedras Nacionales*. Nos editaba *Envío*. “José.” “¿Qué hacés, Miguel.” “¿Sos boludo o te hacés?” “No me jodás, Miguel. Recién llego a mi casa. Catorce horas en tren. No pegué un ojo. Estoy fundido. Ni un paso puedo dar.” “Oíme.” “Sí.” “Vuelve Perón, flaco.” Y había que ir a buscarlo. Desafiar el cerco represivo de Lanusse (“No toleraremos ninguna ‘pueblada’”). Hasta hubo que cruzar el río Matanzas. Y yo con 14 horas de viaje encima, soñoliento, abombado. Pero esto no importa. De otra cosa quiero hablar: el tono. El tono de Miguel. Nunca lo voy a olvidar. No alzó la voz. No le puso ninguna emotividad. Simplemente lo dijo: “Vuelve Perón, flaco”. Nada más increíble podía ser dicho en la Argentina. Nada más negado. Nada más deseado. Era el avión negro. Lo que nunca iba a pasar. Lo que no podía pasar. Ese viejo general de Madrid se iba a morir ahí. Pero volver, nunca. Habían pasado 17 años. Habíamos crecido escuchando que Perón alguna vez volvería al país. Habíamos crecido escuchando que no, que nunca. Habíamos escuchado a nuestros viejos decir que sí o que no. En 1955 yo estaba en sexto grado de la primaria, colegio José Hernández, en Pampa casi avenida Forest. Cayó Perón y entró en el aula el señor Grassi, el director del colegio. Nuestro maestro le cedió su lugar. Grassi habló toda la hora. Que el país había reconquistado sus libertades democráticas. Que el tirano había huido. Que teníamos suerte, y mucha. Que creceríamos en una Argentina libre. Que los mediocres se quedarían al borde del camino. (¿Cómo me asustó esta frase! Doce años del ‘55 no son los de ahora. Yo era un boludo a los doce años. Me pregunté: ¿y si soy un mediocre, y si me quedo a un costado del camino?) Que los laboriosos, los que supieran usar la libertad ahora reconquistada, los que lucharan por la dignidad de la República, por la democracia, por los valores que nuestros próceres nos habían legado y que el Tirano agravado, llegarían al triunfo en la vida. “Son libres. Son jóvenes. El país de la democracia los aguarda. Vivan por él y luchen por él. Nunca jamás permitan que sus libertades sean pisoteadas. Nunca jamás permitan que regrese un Tirano como Perón para someterlos a sus mentiras, a su demagogia, a su enfermizo deseo de poder, a su régimen tiránico.” El señor Grassi se fue. ¡Qué feliz estaba ese hombre! Y nos había venido a ver a nosotros, los pibes de sexto grado, porque éramos los mayores y nos íbamos del colegio hacia otros horizontes, al secundario, a la vida. Pensé: “Ojalá nunca vuelva Perón y seamos felices para siempre”. Todos pensamos eso. Hasta mis viejos lo pensaban. Y eso que nunca me parecieron muy antiperonistas. Pero ahora hablaban pestes del Tirano.

–Vuelve Perón, flaco –dice Miguel.

Yo era flaco en 1972. Y Miguel estaba vivo. Y sí, carajo, volvía Perón.

–¿Dónde nos vemos? –pregunté.

Colaboración especial:

Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO
DOMINGO

“La Casa de Gobierno
cambió de dirección”